



La increíble solfatara de Námaskard. En directo, desde el centro del planeta, un paisaje entre desolador y mágico.

## Un agosto con hielo en Islandia

# El sol amortajado del Círculo Polar

**H**ay quien se queda prendado de una cara, del color de unos arrozales, del viento agreste de las montañas, de volúmenes y formas moldeadas en la piedra, o de un quetzal entrevisto en una trocha de la selva.

A mi se me queda en la retina la luz. Recuerdo luces de muy diversos lugares del mundo y la impresión que me dejaron pervive con fijación fotográfica, textura, tono y vibración. Hay luces de lujo, de cinco estrellas, luces que resumen todo un mundo, que enmarcan una cultura, un modo de vida, los caminos de un pueblo.

Recalamos por los 66 grados latitud Norte, un poco por debajo del Círculo Polar, en los calmos fiordos del norte de la Islandia, en los primeros días del pasado mes de agosto. La *Ring Road* o Carretera Estatal número Uno, la principal ruta de comunicaciones que da la vuelta a la gran isla, tiene 1.423 kilómetros. Sobre todo en la parte norte, numerosos tramos permanecen sin asfaltar, aunque son bien visi-

Texto y fotos:  
Miguel Ormatxea

bles los colosales esfuerzos de los islandeses para mejorar y mantener esta vital vía. Por supuesto, la ruta se cierra con lógica frecuencia durante el invierno y entonces, los 70 pequeños aeropuertos dispersos por toda la isla aseguran (es un decir) las comunicaciones.

Fuera de esta arteria, un buen 4x4 es del todo aconsejable (hay incluso *superjeeps* árticos hiperdimensionados que pasan sin dificultad por encima de los glaciares). En el interior de la isla reina una fascinante desolación, un abanico de horizontes cam-

En el interior de la isla de Islandia reina una fascinante desolación, un abanico de horizontes cambiantes

biantes. "El paisaje se divide en tres categorías: pedregoso, muy pedregoso y totalmente pedregoso" decían, con británico sentido del humor, W. H. Auden y Louis MacNeice en su libro sobre Islandia de 1937. Llegamos a Reikiavik tras cuatro horas de vuelo directo desde el horno madrileño y nos recibió un sol tendido y engañoso.

Desde el primer momento comprendí que me había equivocado de ropa: mi anorak ligero dejaba demasiado espacio al viento húmedo del fiordo. Eran los últimos días de julio y cuesta adaptarse a tan bruscos cambios. En la colina más alta de la ciudad, el navegante vikingo Leifur Eiríksson, *descubridor de Vinland en el siglo XI*, dice su lápida, que da por hecho una especulación histórica a costa de Colón, se debe reír de nuestras tiritonas.

Cenamos en un restaurante del centro, en una vieja y acogedora casita de madera, con sus sillones de cuero inglés y sus cuadros de veleros. El silencioso comedor a la luz de las velas luce un





**Del agua helada al agua hirviente puede haber un paso. Arriba, a la derecha, un campo de lava cubierto de una espesa capa de mullido líquen sobre el que crecen algunas flores. A la derecha, casas tradicionales islandesas.**

extraño efecto: un sol persistente lo atraviesa desde los amplios ventanales.

Al disco solar poco lo vamos a ver nítido en los próximos días, a pesar de que permanece por encima de horizonte, cerca de 20 horas cada jornada. Y en la breve noche, un resplandor espectral vela nuestros sueños.

Rodamos unas seis horas al día, a veces sin ver un pueblo, ni una gasolinera, ni un restaurante. Solo granjas dispersas, lanudos carneros en libertad pastando verderrima hierba. Un sol nebuloso parece detenerse durante largas horas en la inacabable tarde, como un crepúsculo embalsamado por la lluvia.

Superamos varios fiordos coronados de montañas moteadas de blanco y llegamos a una punta, la norte de la isla, en mar abierto. Está tan en calma que el agua apenas chapotea en los guijarros de la playa. Familias de patos nadan como si surcaran un lago suizo. Ni una brizna de aire. Hay una calma geológica, un punto suspendido en un tiempo sin

tiempo. Y sin embargo, éste es una de los mares más letales del mundo. En un recodo del último fiordo, un cementerio de pescadores bretones nos lo recuerda. ¿Será la temida *calma blanca*?

El clásico libro de Pierre Loti, *Pescador de Islandia*, describe muy bien esta misma sensación: "El horizonte no indicaba ninguna región concreta de la tierra, ni siquiera ninguna época geológica, había debido ser tantas veces igual desde el origen de los tiempos que, al mirarlo, parecía realmente que no se veía nada.

Nada que no fuese la eternidad de las cosas que existen y que pueden dejar

**En este rincón del mundo y bajo un sol huidizo se alumbra arduamente el corazón del siglo XXI**

de existir. El mar, durante su misterioso reposo y su sueño, se escondía bajo unos matices discretos que no tienen nombre".

Curiosamente, esta misma tierra de tiempo congelado ha generado en el último medio siglo una respuesta al nivel del desafío. Ahora la pequeña comunidad islandesa, cuyos habitantes casi caben todos en el estadio de fútbol de Maracanã, para un territorio algo más pequeño que Gran Bretaña (tocan a dos habitantes por kilómetro cuadrado) es un indicativo, una sugerente muestra del futuro.

Con una renta per capita parecida a la de EE.UU., pero con un reparto entre los más igualitarios del mundo, han desarrollado una sociedad sugerente, pacificada, tal vez postmoderna. Su relación con una naturaleza abrumadora, dictatorial, contiene quizás el germen de una especie de pacto de retorno, un intento de armisticio, todavía difuso y contradictorio, pero fáctico. En este confín del mundo y bajo un sol huidizo, se alumbra arduamente el corazón del siglo XXI. ■